

Héctor Pérez Brignoli

Breve historia de Centroamérica



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1985
Tercera edición, ampliada: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Héctor Pérez Brignoli, 1985, 2000, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1970, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-192-3
Depósito legal: M. 15.670-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prefacio a la quinta edición

- 15 Introducción
- 23 1. La tierra y los hombres
 - 23 Los condicionamientos del medio natural
 - 31 Un mundo rural y periférico
 - 42 Unidad y diversidades regionales
 - 50 Panamá
 - 55 Belice
 - 60 Conclusión
- 64 2. El pasado colonial (1520-1821)
 - 64 El siglo de la conquista
 - 77 La depresión del siglo XVII
 - 88 El siglo de las luces
- 104 3. En busca del progreso: la independencia y la formación de los Estados nacionales (siglo XIX)
 - 104 El fracaso de la Federación Centroamericana
 - 119 Restauración conservadora y amenazas extranjeras
 - 126 Las reformas liberales: un nuevo orden social
 - 137 Estado, sociedad y nación
- 144 4. El crecimiento empobrecedor (1900-1945)
 - 144 Las economías de exportación
 - 154 «El Señor Presidente»: Teoría y práctica de la política liberal

165	El cambio social
174	El «gran vecino» y el «buen garrote»
181	5. Las desigualdades crecientes (1945-1980)
181	El reformismo en perspectiva
194	El cambio económico: la industrialización y el Mercado Común Centroamericano
202	Política y sociedad: La crisis del orden liberal
214	6. Revolución y guerra civil (1980-1992)
217	La ofensiva revolucionaria
223	Intervencionismo, guerra civil y elecciones
242	La paz negociada
251	7. El difícil sendero de la reconstrucción y la paz
252	Democracia representativa y elecciones
262	El cambio social
271	Los desafíos del desarrollo
282	Las promesas del futuro
286	8. Al inicio del siglo XXI. Crónica del tiempo presente y visiones del largo plazo
287	La democracia electoral
293	Economía y desarrollo humano
299	La emigración persistente
301	Seguridad ciudadana y narcotráfico
304	Desafíos ambientales
305	Violencia, geopolítica y globalización
311	Fuentes y bibliografía
325	Cronología
333	Índice de cuadros y gráficos
334	Índice de mapas
335	Índice onomástico

Siempre a Yolanda

Prefacio a la quinta edición

La primera edición de este libro apareció en 1985, dentro de la colección «Alianza América»; la segunda, ligeramente ampliada, se publicó en 1987, y la tercera en 1988, coincidiendo con la traducción al inglés publicada por University of California Press. La cuarta edición apareció en 2000 en la colección «El libro de bolsillo». Para esa cuarta edición el texto fue considerablemente revisado y actualizado, y se agregó el capítulo 7 para rendir cuenta de la historia centroamericana durante la década de 1990. Los mapas fueron redibujados y las referencias bibliográficas enriquecidas. Esta quinta edición, también publicada dentro de «El libro de bolsillo», agrega un octavo capítulo, cubriendo el período reciente, desde 2000 hasta 2018. La bibliografía ha sido nuevamente ampliada y actualizada, al igual que la cronología.

En sus anteriores ediciones este libro ha tenido una acogida muy favorable, dentro y fuera de Centroaméri-

ca. Agradezco con toda sinceridad la confianza de los innumerables lectores y espero que esta nueva edición continúe cumpliendo con el propósito de ofrecer un texto conciso pero no simplificado. Sigo creyendo con toda firmeza que ni el presente ni el pasado de Centroamérica pueden entenderse con esquemas o generalizaciones apresuradas; mucho menos acudiendo a una lógica infantil de inocentes y culpables.

Esta obra ha sido pensada y escrita desde Centroamérica, gracias a una larga experiencia docente que comenzó en 1970 en la Universidad de El Salvador, siguió luego en 1971-73 en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y se extendió a partir de 1974 a la Universidad de Costa Rica y la Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica). A ello se sumaron, a lo largo de los años, varias estancias de investigación y docencia en Guatemala y en Nicaragua.

Su primerísima versión fue escrita en Rio de Janeiro en 1982, cuando fui profesor visitante en la Universidad Federal Fluminense y me pidieron un curso sobre la historia de Centroamérica organizado en ocho sesiones; este texto, brevísimo, fue publicado en 1983 en São Paulo por la Editorial Brasiliense. En Rio tuve el apoyo y estímulo de mi amigo y colega Ciro Flamarion Cardoso.

En 1984, durante mi estancia en el Wilson Center, en Washington D. C., tuve la oportunidad de trabajar en la Biblioteca del Congreso y los Archivos Nacionales de los Estados Unidos; en ese ambiente y luego de regresar a Costa Rica, logré escribir el texto de la primera edición, publicada en 1985. Varias estancias de investigación en la magnífica Biblioteca Benson, de la Universidad de Texas

en Austin, me fueron también de gran provecho en la preparación de las sucesivas re-ediciones y ampliaciones.

Agradezco la confianza de Javier Seto Melis, de Alianza Editorial, y el cuidado que ha puesto Jesús Peña en los aspectos editoriales. En la preparación de esta nueva edición he contado, como siempre, con la infinita paciencia y el infaltable apoyo de mi esposa Yolanda Baires Martínez, y el afecto de mi hija Silvia; mi hijo, Luis Octavio, me acompaña siempre y sigue viviendo en mi corazón.

San José, Costa Rica, 1 de abril de 2018.

Introducción

Una historia de Centroamérica. El tema mismo es, por cierto, problemático. El pasado compartido impone una definición restringida a cinco países: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Geográficamente podría esperarse, en cambio, que se tratara de una unidad mayor: el istmo incluye también a Panamá y en el norte la península de Yucatán; Los Altos de Chiapas hicieron parte del Reino de Guatemala hasta 1821, y la continuidad sociocultural con respecto al altiplano guatemalteco es más que evidente; Belice comparte no pocas características físicas y humanas con la costa caribe de Centroamérica. Puede definirse un marco todavía mayor: la América Central puede incluir, en un sentido geográfico, tanto la sección ístmica como las islas del mar de las Antillas. Y si de extensiones se trata, el ángulo puede abrirse todavía más, hasta abarcar lo que en Estados Unidos se denomina *Middle America*: México, el ist-

mo centroamericano y las islas del Caribe, según algunas definiciones; dichos territorios, más Venezuela, Colombia y las Guayanas, según otras.

Cualquiera de estos marcos de observación puede justificarse según diversos criterios, yendo desde la unidad geofísica hasta los aspectos de la geografía política y humana. Pero para que la región pueda ser un objeto válido de análisis histórico se necesita algo más que una definición operacional. Es preciso que lo que se delimita permita esperar comportamientos unitarios en un sentido social. El espacio no interesa *per se*, sino en tanto escenario y condicionante de la vida de los grupos y las sociedades.

En el caso que nos ocupa hay dos enfoques posibles de este tema. El primero consiste en ceñirse a las unidades nacionales del presente, o del pasado inmediato, dejando la definición de la región a la historia vivida en común, en sus dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales. El segundo implica situar la unidad en la percepción, por parte de una potencia, de la región como una zona de influencia o de particular interés estratégico. El cambio tecnológico y de los umbrales de percepción modifican, por cierto, esa unidad, y pueden darle incluso un carácter precario. Factores propios de la evolución interna de cada potencia, de las relaciones con otros Estados y las respuestas provenientes de la misma zona de influencia intervienen conjuntamente, y en grados variables, en esa «definición» regional.

El primer criterio, que es el adoptado en este libro, nos lleva a definir la región en un sentido restringido, limitándola a los cinco países que integraron hasta 1821 el llamado Reino de Guatemala, y que alcanzaron la indepen-

dencia como Provincias Unidas del Centro de América. El segundo criterio es de uso habitual en los estudios sobre relaciones internacionales e historia diplomática, y aparece con frecuencia en los análisis sobre la política inglesa o norteamericana en el área.

En 1985 Belice y Panamá integran la región centroamericana aplicando el primer criterio, pero la pertenencia de ambas naciones se remonta apenas una década hacia atrás. Hasta el advenimiento del régimen de Torrijos (1968-1981), Panamá, como Estado independiente, gravitó muy poco en la política centroamericana. Lo mismo puede decirse de Belice hasta que la progresiva emancipación de las Antillas británicas permitió pronosticarle un destino parecido ya en la década de 1960. Por esas razones, hemos excluido cualquier consideración sobre la evolución interna de ambos países, limitándonos a retener lo relativo a influencias más o menos determinantes sobre el destino centroamericano.

* * *

Pero ¿cuál es el tamaño de la región que estudiamos? La pregunta es válida tanto para el lector centroamericano como para los extraños. En el primer caso, por una cuestión de perspectiva que difícilmente se tiene desde casa; en el segundo, por la necesidad de información sobre una región poco conocida, frecuentemente relegada al olvido.

La magnitud del territorio no es impresionante; representa apenas un 2% de la superficie total de la América Latina. Esos 423.000 km² constituyen un área menor que la de España (505.000 km²) o la de Suecia (450.000 km²),

y apenas la mitad de la superficie total de Venezuela; superan, en todo caso, la extensión del Japón (337.000 km²) y de Paraguay (407.000 km²). Individualmente, se trata de países pequeños. El Salvador tiene una extensión similar a la de Israel; Costa Rica resulta ser algo más extensa que Dinamarca, mientras que Nicaragua –el país más grande del istmo– tiene el mismo tamaño que Grecia.

Los recursos dicen, por cierto, más que la superficie territorial. La población actual (1985), algo mayor de 21 millones de habitantes, representa un 6% del total de la población de América Latina. Y esa proporción ha variado poco. Hacia fines del siglo XVI Centroamérica poseía casi un millón de habitantes sobre 19 millones en el subcontinente. Las proyecciones nos hacen esperar 53 millones para el año 2025; eso será algo así como un 8% del total de la América Latina, y representará una magnitud parecida a la que tenía México hacia 1970.

La pobreza del conjunto no puede ser disimulada por los éxitos moderados observables en Costa Rica. El ingreso per cápita de la región representaba en 1958 apenas un 10% del de Estados Unidos. En 1975 la situación era similar. Desde 1950 hasta la fecha sólo el ingreso per cápita de Costa Rica ha logrado superar levemente al del conjunto de América Latina. Ello es suficiente para clasificar al istmo como una de las regiones más pobres y atrasadas del subcontinente.

* * *

Unidad y diversidad constituyen, en el caso de Centroamérica, un serio desafío para la indagación histórica. La

constitución, durante el siglo XIX, de cinco Estados nación empuja a tomar dichos países como unidades de análisis significativas y la validez de esta opción escapa a cualquier duda. Pero hay procesos y puntos de convergencia que sólo se perciben a escala regional; y en ciertos casos una profunda imbricación de los destinos nacionales en el contexto centroamericano. De ahí la necesidad imperiosa de utilizar el método comparativo.

Un enfoque de este tipo puede ayudarnos a evitar errores de dos clases diferentes. Primero, la inevitable tentación de generalizar al conjunto lo mejor conocido, o aquello que tiene aparentemente más fuerza, o un carácter sencillamente más vistoso. Segundo, evitar una idea abstracta de la patria centroamericana. La historia de la región debe ser el resultado de la comparación de procesos, estableciendo tanto los puntos de convergencia como las especificidades de cada país; y debe atribuirse a estas últimas un carácter tan significativo como a los aspectos comunes.

El rol de los factores internacionales debe considerarse en una óptica parecida. La región ha sido siempre percibida como una unidad o como parte de un área todavía mayor. Pero la existencia de políticas así definidas no garantiza, por sí misma, efectos uniformes en cada uno de los países del istmo. Debe notarse, empero, una situación peculiar. En una región dividida, pobre y marginal, como la que nos ocupa, el peso relativo de los factores externos es, y ha sido siempre, muchísimo mayor que en el caso de países más grandes, como Brasil, México o Argentina.

* * *

Lo que se propone al lector es una historia breve. Un apretado panorama general desde el siglo XVI hasta nuestros días. Se busca llegar a un público amplio, deseoso, en estos años críticos y difíciles, de lecturas que le ayuden a comprender el presente. Las disparidades de hoy hallan su clave en el pasado, y basta recordar que el futuro, ese tiempo de lo posible o lo utópico, no es para nada independiente de la historia. El ayer pesa probablemente en Centroamérica mucho más que en otras zonas, y extiende a cada paso un inevitable hálito de amargura. En un viaje reciente me tocó volar –en una parte del trayecto desde México hasta Costa Rica–, sentado a la par de una indígena guatemalteca que hablaba el castellano con poca soltura. Al acercarnos a Ciudad de Guatemala llené su tarjeta de embarco (la señora era analfabeta). Cuando pregunté por su nacionalidad no pareció comprender la pregunta; insistió: «¿Es usted guatemalteca?». «No –respondió con seguridad– soy de Totonicapán». «¿Vive usted en Totonicapán?», pregunto en seguida. «No –es la respuesta–, yo vivo en Ciudad de Guatemala». Para poner la fecha exacta de nacimiento y el número de pasaporte debo pedirle el documento, el cual acredita, con la pomposidad y suficiencia de las modernas burocracias, que se trata de una ciudadana de Guatemala. La anécdota trasciende la simple curiosidad porque ese diálogo no puede entenderse sin un recurso a la historia; a un pasado de siglos que vive todavía y se mueve.

* * *

Alcanzar la brevedad y concisión en el texto no fue tarea fácil. Tampoco fue sencillo lograr una apreciación regio-

nal sin sacrificar la originalidad de las evoluciones nacionales. Y no estoy seguro de haber logrado dominar ese desafío.

Me ayudó, en todo caso, una ya larga experiencia docente y de investigación en algunas universidades del área: las de El Salvador y Honduras hace ya tiempo, y la de Costa Rica desde 1974. El *Woodrow Wilson International Center for Scholars*, en Washington D. C., me proporcionó, entre mayo y agosto de 1984, la oportunidad de trabajar en la Biblioteca del Congreso y los *National Archives* de los Estados Unidos, en medio de magníficas facilidades para la investigación y un distinguido ambiente intelectual. Este pequeño libro es, en cierta forma, un prefacio para una investigación mayor sobre Centroamérica en el siglo XX que comencé a preparar en dicho centro.

Debo incluir, por último, mis sinceros agradecimientos a varios colegas y amigos que comentaron con dedicación partes o el conjunto del libro: Ciro F. S. Cardoso, Carolyn Hall, Marcello Carmagnani y Nicolás Sánchez-Albornoz. Como en todos mis trabajos, la ayuda y el apoyo brindados por mi esposa probaron ser indispensables.

San José, Costa Rica, marzo de 1985

1. La tierra y los hombres

Los condicionamientos del medio natural

Una imponente cadena de volcanes y selvas de variada espesura tropical que se recortan sobre el mar; he aquí el primer dato de la geografía centroamericana. Tierra de contrastes, el más acentuado de todos es quizás la oposición entre los altiplanos montañosos del centro, cuyas laderas descienden en ondulaciones suaves hasta la costa del Pacífico, y, cortadas abruptamente, las planicies del litoral caribe, que cubren una extensa zona de clima caliente y abundante espesura tropical. El contrapunto prosigue entre los suelos feraces, de origen volcánico, y un clima templado, con precipitaciones bien distribuidas entre la estación de lluvias y la estación seca en la zona central y toda la fachada del Pacífico, y por otra parte, la espesura del Caribe, engañoso paraíso sobre suelos lateríticos, con problemas permanentes de drena-

je y las amenazas naturales de la exuberancia microbiana; una importante excepción, sin embargo: los valles de algunos ríos que descienden de las montañas centrales a las aguas cálidas del Caribe, verdaderos oasis de agricultura de plantación.

¿Geografía difícil? No hay ríos navegables. El San Juan, entre la frontera de Nicaragua y Costa Rica, es la excepción que confirma la regla. Escasean los puertos naturales de aguas profundas y la comunicación terrestre ha estado siempre demasiado cargada de dificultades. Las tierras altas centrales y las laderas del litoral pacífico constituyen —como lo sabían bien los pueblos del lejano pasado precolombino— el escenario natural más favorable para la agricultura y el sostenimiento de poblaciones humanas de cierta densidad.

Pero una geografía que se reparte espléndidamente en valles y mesetas, entre vastas cadenas montañosas, impone también una dificultad intrínseca de vertebración. Las planicies apenas conmueven esa discontinuidad estructural de la geomorfología y el poblamiento: en el sur de El Salvador y el golfo de Fonseca (sur de Honduras), y en la región de los grandes lagos de Nicaragua. El aislamiento entre regiones finalmente prevalece. El Camino Real, que vertebraba el istmo en la época colonial, era, en largos trechos, apenas una manera pomposa de llamar lo que era una senda de mulas. Los ferrocarriles, construidos en su mayor parte a finales del siglo XIX, apenas si proveyeron una salida hacia los puertos para los productos de exportación. Y la Carretera Interamericana de hoy, construida en gran parte durante la Segunda Guerra Mundial, fue extendida hasta la Ciudad de

1. La tierra y los hombres



Mapa 1. La Carretera Interamericana articula el istmo, de norte a sur, conectando los altiplanos centrales a lo largo de la fachada del Pacífico.

Panamá en 1964. El cabotaje nunca constituyó una alternativa muy efectiva para poblaciones concentradas en los altiplanos centrales, lejos de las costas, y en un litoral con puertos poco favorables. La aviación parece, en estas circunstancias, un medio ideal, privilegiado, pero es una opción costosa, y a menudo muy arriesgada.

Terremotos y erupciones volcánicas en la faja del Pacífico, huracanes en la costa caribeña, dominan al trazar una geografía de las desgracias. En 1541, Santiago de Guatemala sufre su primera destrucción. León, en Nicaragua, es cambiada de sitio en 1610 para escapar a tem-